

LA MÚSICA SE RESISTE A MORIR:

# FRANK ZAPPA

BIOGRAFÍA NO AUTORIZADA

MANUEL DE LA FUENTE

**Alianza** editorial

*Reservados todos los derechos.  
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier  
medio, sin la preceptiva autorización.*



© Manuel de la Fuente Soler, 2021  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1362-269-9  
Depósito legal: M. 7.309-2021  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A mis padres y mi hermana.  
Y a Nelson y Lotman, mis pequeños Fruney particulares.*



# Índice

Introducción. El agujijón eléctrico .....	11
---	----

## PRIMERA PARTE ROCK E INDUSTRIA MUSICAL (1940-1979)

1. Un científico loco .....	19
2. Que se mueran los guapos .....	43
3. Casi famosas .....	73
4. Los olvidados .....	101
5. Sexo, moteles y cintas de vídeo .....	124
6. Camino a la guerra .....	147
7. Y la vida continúa .....	172

## SEGUNDA PARTE MÚSICA CONTEMPORÁNEA Y ESCENARIO POLÍTICO (1980-1993)

8. Un extraño en el paraíso.....	197
9. No sin mi hija.....	222
10. Cuentos asombrosos.....	246
11. El Senado se divierte.....	268

12. La última cruzada.....	294
13. Músicos rigurosamente vigilados.....	323
14. Un largo adiós.....	344
Epílogo. El científico loco se niega a morir.....	370

## MÁS SOBRE FRANK ZAPPA

Discografía.....	377
Filmografía.....	381
Playlist introductoria en Spotify.....	387
Bibliografía.....	393
Notas.....	427
Créditos fotográficos.....	462
Índice onomástico.....	463

## Introducción

# El aguijón eléctrico

Decía Orson Welles sobre su colega John Huston que su obra no era tan interesante como su propia vida. De haber conocido a Frank Zappa, le habría resultado imposible separar ambas categorías. Era tal la dedicación del músico a su trabajo que, cuando echaba la vista atrás, no entendía la fascinación de los fans por las anécdotas acerca de sus experiencias vitales. La suya, pensaba, no era una existencia particularmente atractiva, ya que consumía las horas encerrado en el estudio o con su grupo en la carretera. Pertenecía a la estirpe de artistas obsesionados con su obra, para quienes cualquier pausa supone un molesto contratiempo en la construcción de su universo creativo. El bajista Scott Thunes ilustró este aspecto con un ejemplo revelador: «Un día, mientras estábamos en Florida de gira, nos fuimos a la playa. Llegamos a la arena y Frank extendió un montón de partituras llenas de notas. Le dije: “Pero, ¿qué haces, Frank? Venga, descansa un poco”. Miró las hojas y me respondió: “Estoy descansando”»<sup>1</sup>.

Sin embargo, Frank Zappa tuvo una vida intensa desde su irrupción en la escena cultural californiana de los años sesenta hasta su fallecimiento tres décadas más tarde, a los 52 años de edad. Durante ese periodo en

que publicó decenas de discos, con centenares de canciones interpretadas en más de un millar de conciertos, se convirtió en un símbolo del artista indomable que demolió todas las convenciones y resistió los ataques de la industria y el poder político. Por el camino auspició las carreras de numerosos músicos, atrajo el interés de los principales compositores contemporáneos y se enfrentó a los gobernantes para proclamar su derecho a expresarse libremente y sin ningún tipo de interferencia. Entendió que la cultura ha de intervenir en su contexto y, lejos de reducirse a un mero artefacto estético, su música apelaba a la inteligencia del público al objeto de incentivar el espíritu crítico.

No lo había tenido fácil, en sus primeros años sólo contaba con una herramienta, aunque la más poderosa al fin y al cabo: su inagotable curiosidad. Criado en un hogar modesto, completó su formación musical autodidacta con la asistencia a cursos y el estudio durante horas en bibliotecas. Estos orígenes provocaban recelos continuos. En el mundo del rock, extrañaba su empeño en citar a Edgard Varèse, Ígor Stravinski o Anton Webern como principales maestros y, en el circuito clásico, generaba desconfianza su carencia de título universitario. Las suspicacias iniciales se derrumbaban en cuanto los roqueros escuchaban sus grabaciones y los directores orquestales leían sus partituras. Supo crear una obra que empleaba los dos lenguajes sin recurrir a costuras artificiales, de una originalidad tan excepcional que quienes intentan desarrollarla devienen imitadores.

También excedió los límites del espectáculo y dirigió películas, concibió musicales de Broadway, *ballets* con marionetas, óperas con futbolistas y discos de música electrónica con eructos y frases de políticos. Pionero del rock teatral, quien asistía a sus conciertos únicamente sabía que iba a ver a Frank Zappa: lo que pasara una vez allí constituía una sorpresa. El maestro de ceremonias recorría el escenario con el micrófono, cantaba, tocaba la guitarra, la percusión o el teclado de un ordenador, y en cualquier momento agarraba la batuta y dejaba que sus músicos desplegaran el menú de rock, jazz, blues, contemporánea, electrónica, country, *doo-wop* y *reggae*, donde sonaban fragmentos tanto de Elvis Presley o Las Supremes como de Mozart o Wagner. El humor cáustico unificaba la variedad, con canciones sarcásticas, comentarios jocosos y la apelación al público, al que se animaba a participar en *performances* transgresoras.

Su burla perseguía despertar conciencias y señalar la desnudez del emperador. Ridiculizó los discursos institucionales, sin importarle que

provinieran de la Casa Blanca o de Haight-Ashbury. Se rio de Lyndon B. Johnson y de Richard Nixon a la vez que de los Beatles y los *hippies*. La revolución, decía, no se hace con drogas ni flores en las pistolas sino con trabajo y estudio: si la sociedad tenía que cambiar, antes que reforzar el sistema con manifestaciones pacifistas, había que movilizar a la ciudadanía para que, con su voto, mejorase las infraestructuras educativas. Proclamó que el único futuro radica en la cultura y llevó a los tribunales a los grandes sellos discográficos para defender la independencia artística, la suya y, por extensión, la de sus compañeros de oficio.

Poco le importó que no le apoyaran y continuó su combate solitario contra los poderosos. Arremetió contra los presidentes de su época y detectó antes que nadie la ola neoconservadora. Durante los años ochenta, trasladó su batalla al Senado estadounidense, adonde acudió como abogado del sector cultural, en peligro por el entusiasmo censor de la era Reagan. Inmortalizó las mentiras de los reaccionarios en multitud de discos y transformó los conciertos en centros informativos para decir a los jóvenes, su público, que se fiasen sólo de su criterio, desoyeran a los gurús, no siguiesen ninguna doctrina y que, por mucho que los despreciaran con discursos vacíos o programas televisivos insulsos, su voz como individuos era capaz de mover montañas.

Triunfó Frank Zappa. Ni los *holding* multimedia ni los partidos políticos consiguieron derrotarle. Sobrevivió a encarcelamientos, incendios, agresiones, censuras y campañas en su contra. Resistió la furia de infinidad de agrupaciones conservadoras que, desde la derecha y la izquierda, no soportaban que a quien tanto odiaban por su insolencia respondiera siempre con el comentario más mordaz y la mofa más desvergonzada. Siempre dio la cara y nadie le dobló jamás. Empresario y productor de sus discos y películas, en sus últimos años contemplaba satisfecho desde su estudio en Los Ángeles, rodeado de centenares de cintas, que miles de seguidores en todo el mundo le escuchaban cuando hablaba. Se había impuesto la verdad de sus palabras, el sentido común frente a la estupidez y la arrogancia.

Pese al temprano fallecimiento de cáncer, su enorme producción atestigua que su figura resume a la perfección la historia cultural y política de los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo xx. Su música es hipnótica y las sucesivas escuchas confirman un inagotable caudal de inteligencia. Tan fascinante resulta como su vida, imprescindible para conocer a un artista poliédrico que abrió numerosos caminos expresivos en múltiples disciplinas artísticas. Vivió y trabajó en el rock, y por las

páginas de este libro desfilan diversos personajes con los que se relacionó, como los Beatles, los Rolling Stones, Jimi Hendrix, Eric Clapton, Bob Dylan, David Bowie, Pink Floyd, Alice Cooper, Captain Beefheart, Tom Waits o la Velvet Underground. Pero se consideró ante todo compositor contemporáneo y el lector hallará también a personalidades de la talla de Ígor Stravinski, Edgard Varèse, Pierre Boulez, Kent Nagano, Zubin Mehta, István Kertész, James Galway, Herbert von Karajan, Conlon Nancarrow, John Cage o Nicolas Slonimsky. Además, aparece a lo largo de los siguientes capítulos una amplia gama de escritores, cineastas y artistas como William Burroughs, Allen Ginsberg, Lenny Bruce, Pamela Des Barres, Haskell Wexler o Matt Groening. Sin olvidar a los auténticos villanos, los ejecutivos, políticos y telepredicadores que intentaron hacerle la existencia imposible. Todos ellos conforman el paisaje que habitó Zappa y en el que dejó su huella imborrable a través de discos, películas y escritos.

Su vida y carrera aparecen aquí estructuradas en dos bloques, compuesto cada uno por siete capítulos. En el primero se atiende a la infancia y adolescencia, sus influencias, su aparición en la escena cultural, su trabajo con el grupo The Mothers of Invention, su estreno en el mundo del cine, los conflictos con las discográficas y la obra de los años sesenta y setenta. En este apartado Zappa desarrolla su labor en el rock, mientras el siguiente muestra su empeño por ser considerado compositor contemporáneo. El segundo bloque relata esta faceta, junto con su activismo político en la época de Ronald Reagan, sus polémicas con las organizaciones puritanas y el fundamentalismo cristiano, sus críticas a la cultura de la imagen de la MTV, su recepción como ídolo anticomunista en los países del Este y su producción en los años ochenta, hasta la enfermedad y fallecimiento a principios de la década posterior.

Los bloques representan ejes temáticos dominantes, y en absoluto excluyentes. Zappa siempre se dedicó tanto al rock como al mundo orquestal y atacó en todas las etapas de su vida a la industria discográfica y la clase política. Sin embargo, en cada época se detectan prioridades dentro de estas características indisolubles. Así, las burlas a Lyndon B. Johnson o Richard Nixon no son, ni de lejos, tan constantes como los esfuerzos que dedicó a Ronald Reagan, ni su trayectoria como compositor contemporáneo tiene la misma presencia en los años setenta que ochenta. Su discurso permanece coherente, pero su obra evoluciona según sus inquietudes y las circunstancias vitales que aparecen detalladas en este libro. Al tratarse además de un artista cuyos discos emanan de proyectos que abandona y retoma con los años, sería tarea improductiva

contar su historia como una mera sucesión de acontecimientos. Esta dificultad resulta a veces disuasoria para el estudio de su figura, y tal vez por ello nunca se le haya biografiado hasta ahora en castellano. Por lo tanto, aquí se sigue un orden cronológico, si bien corregido por leves saltos temporales, convenientemente señalados, que ayuden al lector a seguir el relato.

Para realizar este trabajo se ha recurrido a fuentes primarias. Zappa fue uno de los músicos de rock que más entrevistas concedió, no rehusó ningún tema, y sus opiniones aparecen diseminadas en multitud de periódicos, revistas, programas de radio y televisión. Esta biografía parte de la consulta de estos recursos, en especial la prensa estadounidense. Se recogen declaraciones aparecidas no sólo en las principales cabeceras sino también en las de ámbito más reducido, es decir, las de los diferentes estados de Norteamérica. Es el resultado de varias investigaciones en fondos bibliográficos de universidades de Estados Unidos, elaboradas posteriormente en una base de 7.000 noticias aproximadas de prensa, donde constan datos y testimonios en gran parte desconocidos en la bibliografía anglosajona sobre el músico. La labor ha permitido localizar un texto escrito por el propio Zappa en 1990 que no aparece referenciado en otros trabajos. Además, se han revisado los centenares de artículos de revistas conocidos por los estudiosos de su obra y, a lo largo de los años, se han llevado a cabo entrevistas con antiguos colaboradores suyos. También se han utilizado biografías, textos académicos y tesis doctorales —sobre Zappa y los distintos personajes y momentos históricos relacionados— para ofrecer una perspectiva amplia de un músico que fue consciente de su implicación en su contexto. De este modo, la presente biografía puede servir para aportar declaraciones y enfoques que atraigan el interés de quienes se acercan por primera vez al personaje y de aquellos que lo conocen en profundidad.

Frank Zappa es un artista cuya vida y obra van estrechamente unidas. Empleaba la música para expresar con humor sus ideas, relatar historias fantásticas con personajes grotescos o recrear episodios reales acaecidos con sus propios músicos. En definitiva, no se trata de una estrella del rock al uso, ya que no era dado a manifestar sus sentimientos sino sus puntos de vista. Apelaba a la emoción a través de mecanismos distintos a los de la industria *mainstream*. De haber coincidido con Luis Buñuel, seguramente el cineasta aragonés habría aplicado el juicio que le merecía Buster Keaton, de quien escribió que era un «gran especialista contra toda infección sentimental»<sup>2</sup>.

Le habría sido imposible a Orson Welles decir sobre Zappa lo mismo que de John Huston. Tal vez habría encontrado una mejor descripción en una de sus películas, *Mr. Arkadin*. Contaba en ella Welles la célebre fábula del escorpión que quiere cruzar el río y le pide a una rana que lo transporte a la otra orilla. El animal se niega por miedo a la picadura y el escorpión lo tranquiliza: tal acción sería absurda porque provocaría el ahogamiento de ambos. La rana acepta y, en mitad del río, siente el aguijón. Moribunda, le pregunta al escorpión el motivo y éste responde: «No puedo evitarlo, es mi naturaleza». Como escorpión del rock, Frank Zappa nunca se reservaba su veneno. Su instinto le empujaba a punzar con su sarcasmo a quienes se interpusieran en su camino, sin importarle el poder de su adversario ni considerar las consecuencias. A pesar de todo, jamás se hundió y logró crear una de las músicas más cautivadoras de la cultura contemporánea. Por eso es tan interesante su historia, tanto su vida como su obra, que se narra a lo largo de las siguientes páginas.

PRIMERA PARTE

Rock e industria musical  
(1940-1979)



# Un científico loco

*Es muy joven y, aun así, muy inteligente*

«The Crab-Grass Baby»

*Thing-Fish*

La historia empieza en California a mediados de los años cincuenta. Estados Unidos se encuentra en plena expansión económica tras la Segunda Guerra Mundial, se ha consolidado como potencia y las políticas de consumo derivan en el crecimiento de las ciudades, debido, entre otros factores, a los empleos creados en la industria armamentística. Mientras Europa cauteriza las heridas con inversiones públicas en sanidad y educación, el país americano concentra sus esfuerzos en la competencia militar con la Unión Soviética. Esos años ocupa la Casa Blanca un presidente que procede del ejército, el general Dwight D. Eisenhower, quien observa constantemente el mapamundi para examinar los objetivos que detengan el avance estratégico del bloque antagónico: Guatemala, Vietnam, Indonesia, Corea, Hungría, Líbano, Irán. Abundan los puntos rojos, las zonas calientes con las que se justifican las prioridades presupuestarias. Su antecesor, Harry Truman, había iniciado la Guerra Fría y Eisenhower prosigue su política. En California, los trabajos relacionados con defensa constituyen más del 30 por ciento del tejido industrial. El estado experimenta un desarrollo en las empresas electrónicas, la fabricación de misiles, los equipos para la exploración espacial y la energía atómica.

Aun así, se vive en paz y a la ciudadanía se le transmite una imagen de felicidad. Las empresas incentivan a los empleados con hijos, y series como *I Love Lucy* (*Te quiero, Lucy* en España) reflejan la vida idílica de las clases medias: la protagonista, Lucille Ball, interpreta en la ficción un embarazo que tiene en la vida real, con lo que se confunden actriz y personaje. A principios de la década, en 1951, la revista *Look* recoge unas declaraciones de Rosalind Russell. La estrella cinematográfica constata el relevo de la era del *glamour* por la promoción de la maternidad. Y de la paternidad, por supuesto, ya que se muestra un orden concreto con los roles familiares definidos: otra revista de la época indica a sus lectores que «por el bien de todos los miembros de la familia, ésta necesita una cabeza visible, y ha de ser el Padre, no la Madre»<sup>1</sup>.

El cambio cultural es profundo. La mitad de la década marca el final del *macartismo* y el inicio del rock and roll. Joseph McCarthy recibe la reprobación del Senado por apuntar a la CIA y al ejército en su paranoia anticomunista y los dos partidos (el Republicano y el Demócrata) le dan la espalda al Comité de Actividades Antiamericanas, que ha televisado los interrogatorios a los señalados por sus ideas progresistas. La comisión impulsada por McCarthy ha cumplido su papel: el miedo rojo ha llegado a las aulas, con libros de texto que demonizan al enemigo y simulacros que interrumpen las clases para que los chavales aprendan a refugiarse durante un ataque nuclear soviético. Con todo, acusar a las altas instituciones de estar plagadas de subversivos le cuesta a McCarthy su defenestración. Para su consuelo queda que ha desinfectado Hollywood de elementos molestos y se han instaurado los valores tradicionales a modo de pegamento social.

En el país hay un 40 por ciento más de jóvenes que en la década anterior. Al tiempo que expira la caza de brujas en el cine, los adolescentes consumen su propia cultura, se mueven al ritmo de Bill Haley y empiezan a escuchar las grabaciones de Elvis Presley. También consiguen sus primeros ahorros con los que devoran discos de rhythm and blues y de cualquier sonido que los distinga de los gustos paternos. La paz ha traído un *boom* demográfico de costa a costa, con el aumento de 30 millones de habitantes en tan sólo diez años. Es un fenómeno muy perceptible en las zonas prósperas, como California y Florida: todos los condados californianos experimentan este crecimiento. También en el de San Diego, donde la decena de municipios más importantes multiplican la población. Nos fijamos en los dos que constituyen el escenario inicial de este relato. Según el censo oficial, El Cajon tenía, justo antes de la guerra, 1.471 vecinos y,

cuando acabe la década de 1950, contará con 37.618. Por su parte, La Mesa, ubicado a 7 km de distancia, pasará en el mismo periodo de 3.925 a 30.441.

Un día de 1955, llegan a una tienda de La Mesa dos adolescentes que rondan la quincena. Han pasado la noche juntos porque uno de ellos vive en El Cajon y allí no hay comercios que vendan la música que suena en las emisoras de radio. Entran en ese establecimiento atraídos por las ofertas de precios que se anuncian en la puerta. Son chavales que ahorran cada semana de aquí y allá unos pocos dólares para reproducir sin parar en el tocadiscos las canciones que les apasionan. Pese a la incompreensión de los padres, es la música con la que se sienten reconocidos, tanto los ritmos trepidantes como las baladas *doo-wop* que cuentan disputas y reconciliaciones amorosas. El anfitrión, David Franken, y su amigo del colegio registran las estanterías en busca de *singles* baratos. Los ahorros son limitados y los discos de larga duración, inaccesibles por su precio.

El joven que se ha desplazado desde su pueblo ve dos vinilos del saxofonista Joe Houston que entran en su presupuesto, inferior a cuatro dólares. De camino a la salida, se detiene ante un montón de LPs y se fija en una portada curiosa, la fotografía de un hombre de mediana edad, con el pelo alborotado, chaqueta clara y corbata oscura, que mira a un lado del cuadro mientras apoya una mano en la rodilla. El atuendo y el gesto serio le evocan los típicos científicos locos de las películas fantásticas de serie B, esos personajes que acometen experimentos heterodoxos que se salen de la norma. Al compañero de Franken le encantan esas historias, así que agarra el disco para observarlo con detalle. Y cuando lee el nombre que figura en la portada, le da un vuelco el corazón. Es de Edgard Varèse, y quien lo sostiene en ese instante entre sus manos se llama Francis Vincent Zappa.

No se conoce el día exacto, pero esa fecha constituye el inicio de esta narración, además de uno de los viajes culturales más apasionantes que atravesará las décadas venideras. Ese momento le marcará el camino y la identidad, se dedicará profesionalmente a la música y descubrirá su nombre real. Cuando solicite el pasaporte para tocar en Europa, se enterará de un dato inesperado: en el registro no consta Francis sino Frank, como le conoce todo el mundo. Pero eso será dentro de varios años. David Franken y Frank Zappa se encuentran en la tienda con sus escasas monedas en los bolsillos. Frank está emocionado porque lleva tiempo tras ese disco. Ha leído en varias revistas, como *Look*, referencias que le han despertado el interés. Se mencionaba que era una música ruidosa, comen-

tario en absoluto disuasorio para él, que toca la batería en la banda del colegio. No es buen estudiante aunque sí un muchacho con inquietudes, que se siente extraño en el entorno de sus compañeros, fascinados por el fútbol americano y los coches. Cuando crezca tampoco le dará por el deporte ni la conducción y, de hecho, vivirá sin carnet, por negarse a hacer cola en tráfico para renovárselo. Tiene en sus manos, por lo tanto, un álbum que le promete un mundo de sonidos raros, justo lo que andaba buscando.

Lo observa bien. Hacía aproximadamente un año se había fijado en una reseña sobre Varèse y su obra *Ionisation*, escrita para trece percussionistas. En efecto, se encuentra incluida en el LP, que se titula *Complete Works of Edgard Varèse, Volume I*, editado por EMS (Elaine Music Store) con el número 401. Junto con *Ionisation*, figuran *Intégrales*, *Density 21.5* y *Octandre*. Así pues, sin soltar el tesoro, deja los discos de Joe Houston y le pregunta al dependiente el precio. El regateo se antoja como la única solución para rebajar los 5,95 dólares que le piden en la tienda. El encargado le confiesa que sólo utilizan ese ejemplar para mostrar a los clientes el sonido de los equipos de alta fidelidad, con lo que, visto el interés, se lo ajusta al dinero del que dispone el joven. Frank sale contento del comercio con el primer LP de su colección y se encamina a su casa para escucharlo en el equipo del salón.

No vive en un hogar muy musical, a pesar de que su padre, Francis, había hecho sus pinitos como guitarrista en su juventud: acompañado de dos amigos que tocaban el banjo, rondaba a las chicas en las residencias universitarias. Pertenecía a una familia de inmigrantes italianos y, natural de Partinico (Sicilia), había llegado a Estados Unidos en 1907, con tan sólo un año de edad. Inclinado por las matemáticas y licenciado en la Universidad de Chapel Hill (Carolina del Norte), tras casarse y tener una hija (Ann), había contraído segundas nupcias con Rose Marie Colimore, norteamericana de primera generación, frente a las reticencias familiares por su matrimonio anterior. En casa de Rose Marie hablaban italiano (su padre era de Nápoles y su madre no dominaba el inglés), con lo que la pareja también recurre ocasionalmente a este idioma. Francis y Rose Marie se esforzaban por llegar a fin de mes en Baltimore (Maryland). Allí es donde nacería Frank, su primer hijo, el 21 de diciembre de 1940.

El parto tuvo complicaciones. «El médico había dado a luz a unos nueve bebés ese día y quería parar, así que le dio a Rose Marie un medicamento para retrasárselo», recordaría Mary, la hermana de la parturienta. Además, el bebé salía en una posición incorrecta. «Se pensó que per-

derían a la madre y al hijo, e incluso se necesitó una transfusión de sangre. Cuando al final nació, estaba flácido y con la piel ennegrecida. El marido de Rose Marie lloraba porque el niño parecía muerto, pero no, era una travesura de Frankie, que sobrevivió»<sup>2</sup>. Después llegarían Robert (Bob, tres años más joven), Carl (nacido en 1948), y la benjamina, Patrice (a quien llaman «Candy», en 1951).

La madre, de religión católica, inculca a sus hijos los valores religiosos. Es una mujer devota e invita a cenar frecuentemente al párroco a casa. La familia va a misa los domingos, aunque el padre no entra en la iglesia, los lleva en el coche y se queda esperando en la puerta. Como los dos hermanos mayores se aburren soberanamente con aquellos oficios en latín, dejan de asistir en la adolescencia. Eso sí, Frank ha tomado la primera comunión y también se confirma. «Todavía recuerdo la melodía del *Kyrie* que cantaron en mi confirmación», evocaría años después. «Me viene a veces a la cabeza y he terminado por tocarla con la guitarra en mitad de los solos, lo juro por Dios. Suena muy bien, la escucho y veo que encaja perfectamente».

De hecho, sus primeros recuerdos musicales se remontan a los cantos gregorianos en la parroquia, que aparecen de forma recurrente en su infancia y adolescencia. «Mientras cantaba el coro, veía que las llamas de las velas fluctuaban como respuesta a las ondas del sonido de los cantos», observaría en el funeral de su abuela. «Fue entonces cuando me di cuenta de que el sonido, la música, tenía una presencia física y que era capaz de mover el aire». Sin embargo, no puede deleitarse porque en el hogar está vetada la música pagana. Durante los primeros años, no había radio en casa, y si Frank encontraba en el coche alguna emisora con *rhythm and blues*, su padre cambiaba de dial. «Aquello tenía su lado bueno, porque no crecí con el gusto musical de mis padres, ya que carecían de él»<sup>3</sup>, ironizaría.

Como tantos norteamericanos, el patriarca trabaja en el sector de defensa. Tras un primer empleo como profesor de historia en Maryland, la familia se había trasladado, cuando Frank contaba con tres años de edad, a Opa-locka (Florida), por una oportunidad laboral en el departamento de balística del ejército. Con el clima cálido el pequeño mejoró de sus problemas de asma, si bien al poco tiempo regresaron a Baltimore. De allí la familia se había vuelto a mudar, a finales de los años cuarenta, esta vez a Edgewood, situado a 30 km al norte. Francis ejerce de meteorólogo en la base militar más antigua que investiga con el gas mostaza y se gana un sobresueldo como voluntario de pruebas químicas: es normal

que llegue a casa con parches en los brazos para comprobar la reacción a los agentes. Viven entonces en unas casas para empleados, de apresurada construcción de madera, por las que se filtra el frío. El aspecto desapacible lo refuerzan las máscaras de gas, disponibles para cada miembro del hogar en caso de producirse algún accidente. Los pequeños tenían que ponérselas los días en que se realizaban experimentos químicos. Los juegos infantiles de Frank consisten en simular la elaboración de pólvora y salir en bici con sus amigos. También le gusta el dibujo y fabricar títeres con retazos de ropa usada.

A los ocho años le regalan su primer disco, el *hit* navideño de 1948, *All I Want for Christmas (Is My Two Front Teeth)*. Escrita por Don Gardner e interpretada por Spike Jones & His City Slickers, era una canción cómica en la que la voz de un niño pedía para navidad la devolución de los dientes que se le acababan de caer. Spike Jones, un intérprete muy popular en la época, congregaba a multitudes en sus espectáculos musicales ofrecidos en teatros, programas de radio y televisión. Ese tema vendió, durante esas navidades, más de un millón de discos. Frank Zappa es uno de los críos que tararea la tonadilla y le envía una carta a la discográfica, RCA Victor. «Esperaba que me mandaran una fotografía de Spike Jones, pero me llegó la de un hombre llamado George Rock, el cantante de esa canción»<sup>4</sup>. En efecto, la voz infantil era de este vocalista que integraba el grupo de Spike Jones, porque se adecuaba mejor a su registro. «Alguien vio la canción tirada sobre el piano y me dijo que probaríamos, que se acoplaría bien a mí»<sup>5</sup>, señalaba George Rock.

Frank disfruta con esas cancioncitas humorísticas. «Me encantaba escuchar aquellos discos. Me parecía que era muy bueno que te hicieran reír, que añadieran algo de color a la vida de entonces»<sup>6</sup>, comentaría. Descubre a una edad temprana lo que desarrollará como sello de identidad en su música, el humor. «Su primera influencia», resumiría el periodista Peter Goddard, «en realidad fue Spike Jones, el tierno y chiflado director de orquesta que aplicó los recursos de los hermanos Marx a la música popular»<sup>7</sup>.

El joven Frank, como primogénito, es el ojito derecho de la familia. Siempre le defienden en las peleas fraternales y, debido a las estrecheces económicas, es el único varón que estrena ropa, que después pasa a su hermano Bob. Su tío Robert y su tía Mary (la hermana de Rose Marie) disfrutaban de una situación más desahogada y disponen de una segunda residencia, situada al norte de Baltimore, adonde acuden Frank y Bob algunos fines de semana estivales. Se trata de un fenómeno específico que

se produce en esa ciudad al acabar la guerra. El centro de Baltimore se vacía porque los trabajadores se compran casas espaciosas en las urbanizaciones. En la de sus tíos los hermanos pasan los calurosos días de vacaciones jugando al cróquet en la parcela, o con las normales peleas y travesuras. A diferencia de los tíos paternos, que les inculcan la misma disciplina que en casa, durante esos fines de semana con Mary y Robert se sienten a sus anchas, al fin y al cabo se trata de una familia más permisiva. El tío Robert es fumador empedernido y un día Frank le quita un cigarrillo a escondidas. De vuelta a casa, en la parte trasera del hogar, se lo enciende con una cerilla de cocina y padece las consiguientes toses habituales. «Ésa fue la primera experiencia con lo que constituiría la larga adicción de Frank al tabaco», señalaría su hermano Bob, que aquel día declinó el ofrecimiento de dar unas caladas. «No parecía el mejor comienzo para un pésimo vicio»<sup>8</sup>.

Poco aficionado al deporte, en casa no come grandes manjares, sus padres se permiten pocas frivolidades, y aprovecha las estancias con sus tíos para disfrutar de los helados. «Digamos que era un crío con la nariz grande, sobrepeso y granos, el típico adolescente rarito», resumiría Frank. No se rodea de mucha gente. «Nunca fui de los que necesitaran tener un montón de amigos»<sup>9</sup>, afirmaría, tal vez con el carácter formado por las continuas mudanzas. A principios de los años cincuenta, la familia cambia de domicilio por trabajo y abandona Maryland para desplazarse al destino donde se establecerá definitivamente, el estado de California. Después de viajar durante dos semanas en coche, llegan a Monterrey, un municipio de la Costa Oeste situado entre San Francisco y Los Ángeles. Frank asiste a una escuela de verano donde, a los 11 años de edad, tiene a su primer profesor de música, Keith McKillop, y se produce su contacto con la batería en el aula. «No había tambores», recordaría, «sino una tabla colocada sobre unas sillas, y nos poníamos todos a hacer ruido con ella»<sup>10</sup>. Al joven le gusta el instrumento y se inicia en su aprendizaje. «Empecé con la percusión orquestal, estudiando todos los rudimentos: términos arcanos como redobles, *paradiddles* y mordientes». Cuando acaba el curso, Frank quiere seguir tocando: «Les supliqué a mis padres que me alquilaran un tambor con bordonera y en seguida me puse a ensayar en el garaje. Cuando se acabó el dinero, empecé a tocar sobre los muebles, con notables desperfectos en la pintura de la cómoda»<sup>11</sup>.

En el periodo de dos años, entre 1952 y 1954, realizan constantes cambios de domicilio dentro de California: en primer lugar a Pacific Grove